



SEGUNDA EDICION

De Paris han partido dos globos por cuenta de los francmasones...

En la plaza de la Concordia en Paris han caido estos dias algunas granadas.

Ha llegado a Valencia el batallon de cazadores de Barastro...

Solo al puerto de Cherburgo han llegado ya 24837 de los prisioneros franceses...

El numero de prisioneros hechos a los sucesos de Paris asciende ya a 5300.

La plaga de langosta disminuye considerablemente en Jaen por las acertadas disposiciones...

El decano de la facultad de derecho de la universidad de Valencia, D. Jacinto Rosell...

Dice el Independiente de Burgos, fecha del 6, que han sido conducidos a Roa el proveedor...

Los periodicos de Versalles asestarian al coronel Rosell que habia reemplazado al general Cluseret...

La Commune ha suprimido otro periodico de Paris, titulado Nacion Sobervana...

Dicen de Cadix que para la inauguracion del nuevo teatro que se construye en aquella capital...

El lunes pasado fallecio en Napoles el celebre pianista Thalberg.

Los sucesos de Francia, que tantos perjuicios han causado...

publica en España, vienen a interrumpir en Valencia por este año...

Con el número 17 del acreditado periódico la Moda elegante...

Los amores del diablo, zarzuela en cinco actos estrenada recientemente en el teatro y circo de Madrid...

La sociedad artistico-musical de Socorros mutuos continúa en su segura y progresiva marcha...

Esta noche tendrá lugar en el teatro de los Bufos el beneficio de la señora Lamy...

El sábaló regresó a Valencia el capitán general de aquel distrito Sr. Gomez Pulido.

Dice un periódico de Valencia que los concejales y alcaldes del ayuntamiento de Játiva...

consecuencia de una hoja suelta que publicaron en enero último...

El Diario de Cádiz publica el siguiente manifiesto que el Sr. Duque de Montpensier ha dirigido a los electores...

Acepto con reconocimiento y orgullo el mandato de representar en las actuales Cortes a ese noble e independiente distrito...

Creo que España tiene hambre y sed de orden, de moralidad y de bien entendida economía.

Los males que aquejan a nuestra querida España son antiguos y gravísimos: remedios enérgicos pide para destruirlos...

Reformar, pues, nuestra Hacienda, introduciendo todas las economías posibles sin desatender por ello los servicios que sean justos y convenientes...

Sevilla 29 de abril de 1871.

El ateneo Científico-militar celebra sesión mañana en el local de la academia Homeopática...

TERCERA EDICION

CONGRESO. Sesión de la mañana de hoy 8 de mayo de 1871.

PRESENCIA DEL SEÑOR OLZAGA.

Abierta la sesión a las ocho en punto, el secretario Sr. Ferratges, leyó el acta de la anterior y fué aprobada.

Se entró en la orden del día sobre la discusión de actas pendientes.

El Sr. LOSTAU hizo uso de la palabra en contra del voto particular del Sr. Soler, de la comisión, para dar lugar a que el Sr. Sorni la apoyara.

El Sr. SORNI apoyó el voto particular sobre el acta de Zafra.

El Sr. ALVAREDA, presidente de la comisión, usó después de la palabra para una alusión personal.

El Sr. SORNI rectificó, insistiendo en los vicios que en su concepto tenía el acta de Zafra, pidiendo al Congreso que desechara el acta.

El Sr. DIAZ QUINTERO usó después de la palabra en contra también del acta de Zafra, manifestando que no debía de aprobarse el acta por diferentes razones que espuso, extrañándose que el candidato por este distrito, Sr. Chacon, siendo empleado del ministerio de Fomento, dejara abandonado su destino para ir a preparar su elección.

Dijo que el acta por lo menos era muy grave, puesto que no habiendo salido de la urna de un pueblo, cuya acta leyó, nada más que una sola papeleta, el señor Chacon en el mismo pueblo aparecía con 64 votos. También leyó una larga lista de nombres de menores que habían votado al Sr. Chacon, y los nombres también de dos muertos que figuraban en los escrutinios.

Puesto a votación nominal el voto del Sr. Soler (D. Juan Pablo) fué desechado por 411 contra 54.

El Sr. MORAITA hizo uso después de la palabra en contra del dictamen de la mayoría, en el acta del distrito de Zafra. Ocupándose el orador de las ilegalidades cometidas en la elección Chacon, recordó que en épocas anteriores había bastado una carta confidencial de un ministro recomendando a un candidato para que el Congreso declarara nula aquella elección, extrañándose por tanto que el partido progresista ahora pretendiera que se aprobara esta acta constantemente, como constaba, que se había dirigido una carta circular a varias personas influyentes del distrito de Zafra, con el membrete del ministerio de Fomento y firmada por el Sr. Ruiz Zorrilla, recomendando al Sr. Chacon como candidato oficial aceptado por el gobierno y por el Sr. Lopez Ayala.

El Sr. LASALA (D. Fermín) habló después para una alusión personal.

El Sr. MORAITA rectificó. El Sr. RUIZ ZORRILLA (D. Joaquín) manifestó después que el no hallarse presente el señor ministro de Fomento para defenderse de los ataques del Sr. Moraita, fué por la poderosa razón de hallarse enfermo...

El Sr. CHAGON (D. José María) defendió la validez de su elección y por tanto de su acta, y en apoyo de sus razones pretendió impugnar el acta ya aprobada del Sr. Soler.

El Sr. SOLER pidió la palabra; varios señores diputados las pidieron también, y el señor presidente con una ligera indicación de campanillas hizo notar al Sr. Chacon que no podía hablarse sobre el acta del Pilar de Zaragoza.

El Sr. CHAGON continuó defendiendo su acta, confesando que efectivamente el Sr. Ruiz Zorrilla había escrito tres cartas a otras tantas personas del distrito de Zafra, pero que eran cartas particulares y que probablemente el Sr. Ruiz Zorrilla no sabría que había firmado aquellas cartas por haberlo hecho en los días en que el ministro de Fomento fué objeto del atentado de la calle del Pez. Declaró que era y había sido siempre progresista y que en el acta no había las ilegalidades que suponían las oposiciones, siendo él el que merecía la confianza de la mayoría de los electores del distrito de Zafra.

El Sr. SOLER, de la comisión, habló después afirmando que en las actas parciales no aparecían tantos votos a favor del Sr. Chacon como en las actas generales. Que él, como de la comisión, había cumplido con su obligación, y defendió su voto particular en esta y en todas las actas en que lo ha formulado.

Los Sres. Chacon y Soler rectificaron. Rectificó también el Sr. Moraita.

El Sr. DIAZ QUINTERO consumió el segundo turno en contra del acta del señor Chacon, y leyó nuevos datos llegados por el correo de hoy, con los cuales se demuestra que aparecieron votando veinte personas que fallecieron mucho antes de las elecciones, y terminó rogando a la cámara y a la comisión que retirara su dictamen en vista de los datos que acababan de llegar.

Rectificó de nuevo el Sr. Chacon. El Sr. ALVAREDA, presidente de la comisión, en vista de los nuevos datos presentados, y accediendo a los deseos de la minoría, retiró el dictamen para reproducirlo de nuevo si los datos últimos permitían rectificar el dictamen.

Púsose a discusión después el acta del Puerto de Santa María, por donde resultó electo el Sr. Barca.

El Sr. CASTRO empezó a impugnar el dictamen de la comisión, y habiendo pasado las horas de reglamento el señor presidente suspendió la sesión hasta las

de hacer valer sus talentos, Ricardo había obtenido la superintendencia de los negocios de la magistratura.

Le gustaba repetir que la casa edificada según sus planes, tenía como los sermones primera y segunda parte. Había empezado en los primeros años de instalación por elevar una gran choza de madera, y había vivido allí la familia durante tres años; tiempo necesario para terminar la segunda parte.

Ricardo estaba ayudado de los consejos y experiencia de Hiram Doolittle, artesano errante, que le había seducido, enseñándole dibujos antiguos de arquitectura, hablándole diestramente de frisos, entablamentos y sobre todo de orden compuesto. Ricardo fingía admirarle como un charlatan y acogía sus discursos con una sonrisa de indulgencia; pero le tenía para sí una secreta admiración, e incapaz de formular algunas objeciones valederas, se sometía sin demasiada resistencia a los argumentos de su coadjutor.

Cuando dos genios rivales, que monopolizan la reputación y los sucesos, se entienden y agitan de concierto, no es extraño que talen a sus conciudadanos, en materia de política, bellas artes o arquitectura. Los dos emprendedores habían hecho adoptar en todo el distrito el estilo compuesto, que, según M. Doolittle, sobrepasaba a todos los demás, y que admitía todas las modificaciones que podían exigir las circunstancias. La casa del juez Temple, estaba pomposamente adornada con el título de castillo y había sido el modelo de todas las habitaciones, en las cuales se veía elegancia.

Era de piedra; espaciosa, cuadrada y cómoda. Estas cuatro condiciones fundamentales habían sido imperiosamente exigidas por Marmaduke; para lo demás se había sometido al gusto de Ricardo Jones y de su asociado. Estos no habían podido, desgraciadamente, entregarse a todo su genio, a causa de la dureza de los materiales empleados, que resistían a las herramientas hechas solo para labrar la madera seca, de los vecinos bogues. En el pórtico se habían separado, lo mismo que en el techo, de un estilo verdaderamente clásico, en vez del cual se había adoptado el orden compuesto. El techo, afirmaba Ricardo, era la parte del edificio que los antiguos se esforzaban en disimular siempre una super-

fetación que no se toleraba, sino a causa de su utilidad.

Añadía que el principal mérito de una construcción espuesta a la vista por todos lados, era el presentar una fachada irreprochable bajo todos sus aspectos, al abrigo de las críticas envidiosas. Se decidió, pues, que el techo fuera plano y de cuatro caras; pero el juez hizo observar con razón que las nieves se amontonarían. Se creyó remediar esto inconveniente aumentando la longitud de los caballetes, y por consiguiente su inclinación; pero Hiram Doolittle se equivocó en sus cálculos, y cuando hubo colocado las macizas vigas sobre las cuatro paredes, reconoció que el techo, que había querido esconder, era la parte más vistosa del edificio, y que se adelantaba saliendo fuera de las paredes. Este defecto fué más sencillo aun cuando la cubierta de latas se aplicó sobre las vigas, Ricardo Jones trató de ocultar la elevación demasiado imponente del techo, por medio de capas de pintura. Ensayó en primer lugar el azul del cielo, en la esperanza de persuadir a los ojos, que los cielos mismos estaban posadamente sobre la casa de Marmaduke. El efecto de este color no tenía semejanza alguna, y le sustituyó una tinta nebulosa que imitaba el humo; después, un color verde pálido que se destacaba desagradablemente sobre el horizonte. Últimamente nuestro arquitecto cortó la cuestión pintando de amarillo todo el bajo de la parte saliente como un tono que él llamaba atrevidamente resplandor de sol.

—Primo mio,—dijo a Marmaduke,—esta será una manera cómoda de tener siempre el buen tiempo debajo de vos.

La plataforma y el piso bajo de la casa fueron rodeados de balaustradas pintadas, y el ingenioso Hiram derramó allí con profusión jarrones, molduras y arabescos.

Ricardo había hecho en primer lugar las chimeneas bajas, que se confundían como parte integrante con los adornos de las galerías; pero so pena de ahumar la casa, le fué menester acrecentar la dimensión de aquellas, que se extendían como los obeliscos a los cuatro ángulos del monumento.

La mortificación que las escaleras hicieron padecer al Sr. Ricardo Jones, fué proporcionada a la importancia de la obra.

Ensayó luego hacer a Hiram el sok

responsable de las imperfecciones de su trabajo; pero a fuerza de mirarlo concluyó por habituarse y desconocer aquellas.

Con frecuencia decía para sí: «Ya no está tan mal»; y olvidando los defectos de la casa, se esforzaba en alabar sus bellezas.

Gracias a la influencia que tan fácilmente obtiene la opulencia, halló bien pronto quien le escuchase, lo mismo que quien le imitase. En menos de dos años tuvo la satisfacción de ver construir muchos edificios, que reproducían el suyo en pequeño, y que como todas las cosas de moda, fueron admirados hasta en los defectos que tenían.

El joven Marmaduke sufrió en silencio los inconvenientes de su residencia, y por sí mismo llegó a dar cierto aire de grandeza y comodidad. Plantó a los alrededores álamos, sauces y otros árboles, dejando allí todavía existir los viejos pinos, de los cuales algunos llevaban aun las huellas del fuego que se había encendido para desembarazar el terreno.

Estos detalles desagradables no fueron notados por Elisabeth, quien bajando la montaña vio solo el cuadro en conjunto. El grupo de casas de donde salían columnas de humo, el lago helado, circundado por las montañas, y las nevadas cimas coronadas de pinos, la recordaron los juegos de su infancia.

Aunque cinco años de intervalo habían producido modificaciones que hubieran exigido un siglo en un país donde el trabajo estuviese regularmente organizado, el paisaje tenía menos novedad para el juez; sin embargo, contempló con satisfacción los establecimientos debidos en gran parte a su genio emprendedor. En cuanto al joven cazador, después de haber echado de norte a sur una mirada de asombro, se envolvió de nuevo en los pliegues de su pardessus.

De repente el sonido de las campanillas de un carruaje llamó la atención de los viajeros.

IV.

Este carruaje, pesado y macizo, subía la cuesta que ellos bajaban; iba tirado por cuatro caballos; los de delante eran gordos y los de atrás de un negro de azabache.

Se veían suspendidos cascabeles de todas partes del arnés, y el conductor

parecía tener placer en hacerles sonar. El vehículo estaba ocupado por cuatro hombres. Sobre uno de los taburetes que servían de pescentes, sólidamente amarrado a las paredes del carruaje, estaba sentado un hombre pequeño, del cual solo se veía la figura de un rojo uniforme; un ancho reatingote bordado y forrado de pieles, ocultaba el resto de este individuo, que no era otro que el primo Ricardo Jones. Tenía casi siempre los ojos levantados al cielo, como si estuviese descontento de estar demasiado acercado a la tierra por su estatura.

Su aire era el de un hombre de negocios, llenaba con éxito el papel de Automedon y guiaba los fogosos corceles a lo largo del precipicio, con la vista segura y las manos firmes.

A su espalda, la cara vuelta hacia los otros dos, estaba un hombre de alta estatura; pero su delgadez no era disimulada, aunque llevaba sobrepuestos dos redingotes. Parecía estar dispuesto por la naturaleza para hendir el aire presentando la menor resistencia posible. Sus ojos cristalinos, de un azul claro, eran la parte más saliente de su cara, que abrigaba un gorro de lana, y de la cual el frío mas intenso no podía alterar la constante palidez.

Delante de este personaje, que se llamaba el mayor Hartmann estaba sentado un hombre bastante grueso. Los vestidos amontonados sobre su cuerpo, no permitían distinguir sino sus facciones animadas por un par de ojos negros. Una peluca bien peinada se dejaba ver graciosamente alrededor de su cabeza, cubierta con una gorra de piel de María.

El cuarto individuo, tenía la cara larga, la fisonomía dulce y algún tanto melancólica, el tinte pálido, pero matizado por el frío de un color encendido. Estaba muy ligeramente vestido para la estación, y no llevaba para librarse del frío, mas que un sortú negro, elegantemente entallado, pero que principiaba a descubrir la hilaza; tenía un sombrero a la moda, y del cual el cepillo se había llevado casi enteramente el pelo. Parecía de un carácter cuidadoso y pensativo que contrastaba con el buen humor de su compañero.

Tan luego como los dos carruajes estuvieron cerca, el conductor de este coche, exclamó en alta voz:

—Apartate, Agamen n, ó yo no podré pasar mas allá, Primo Marmaduke, y he salido al campo con las personas



